

2006, págs. 711-736. Se puede consultar en <http://revistadeindias.revistas.csic.es/index.php/revistadeindias/issue/view/33>

13. El resaltado es mío.

14. Jorge Augusto Gamboa Mendoza, *El cacicazgo muisca en los años posteriores a la Conquista: del sihipkua al cacique colonial, 1537-1575*, Bogotá, Icanh, 2010, pág. 601.

15. José Ramón Jouve Martín, *Esclavos de la ciudad letrada. Esclavitud, escritura y colonialismo en Lima (1650-1700)*, Lima, IEP, 2005.

Territorio muisca, invasión española y comercio de la sal

Sal y poder en el altiplano de Bogotá, 1537-1640

Ana María Groot

Universidad Nacional de Colombia,
Facultad de Ciencias Humanas,
Bogotá, 2008, 171 págs.

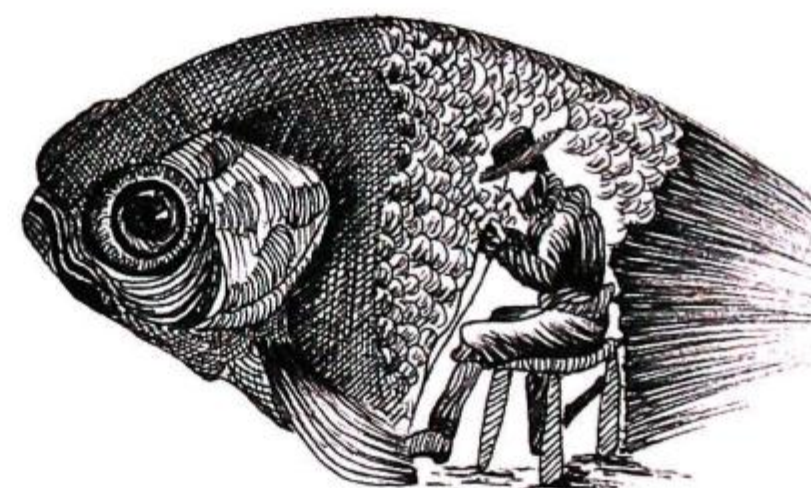
Cuando se habla de antropología se piensa en mitos, metáforas y poemas épicos que tratan de explicar los orígenes del mundo, de la humanidad y de los dioses, es decir, mostrar la perspectiva filosófica que pueda tener una etnia o una minoría que trata de mantenerse en contraposición del monoculturalismo imperante. Pero la antropología también trata aspectos de la cultura material de los pueblos, como su vivienda, su manera de vestir, la producción de bienes para el comercio, su organización sociopolítica y su sistema económico. Esta perspectiva material, aun cuando con un claro énfasis historiográfico, es la que se observa en el libro que se reseña aquí, una obra de la antropóloga e historiadora Ana María Groot, quien toma algunos elementos importantes de la cultura material del pueblo muisca para explorar y hacernos comprender cómo se desarrolló el negocio de la sal en los siglos XVI y XVII, justo cuando los invasores españoles se estaban imponiendo con su visión de mundo y con su violen-

cia imperialista a favor y en nombre del rey de España.

El territorio muisca fue fructífero y colmado de riquezas como el oro, la plata y la sal; era dominado por caciques y zipas, organizado en comunidades laboriosas y muy respetuosas de lo ancestral; y aunque había luchas entre ellos, siempre respetaron la tierra sobre la que estaban parados y viviendo. Pero llegaron los españoles con sus cruces y sus arcabuces, se impusieron a capa y espada, luego montados sobre caballos declararon esta tierra en plena madurez de los muiscas como una propiedad ultramarina de su majestad el rey de España, así como un territorio cuyos pobladores debían ser adoctrinados en la fe católica, apostólica y romana de su otra majestad el papa de Italia. Por ello, los indígenas, nuestros ancestros, se unieron y lucharon por defender su tierra, pero los españoles, nuestros otros ancestros, estaban mejor armados y vencieron, y esa sangre derramada de parte y parte corre hoy por nuestras venas mestizas. Entonces, dice la profesora Groot guiándose por los anales oficiales de la historiografía colombiana, surge la encomienda: los indígenas fueron repartidos en grupos para que los encomenderos los explotaran al máximo y los forzaran a trabajar para el rey, en este caso para producir la sal necesaria para el nuevo reino que se creó en América del Sur. La guerra, el trabajo forzoso y las enfermedades que trajeron los invasores desde Europa, terminaron por derrotar a los muiscas, su civilización milenaria fue destruida y, así, el imperialismo ibérico se estableció en estas tierras tropicales.

La invasión española generó, además de una guerra de resistencia, un choque cultural entre la civilización amerindia y la civilización europea, lo cual fue notable en el proceso de producción de la sal en el altiplano de Bogotá, pues aquí sucedió un cambio estructural en el ámbito social, político y económico. Los indígenas fueron sometidos a la autoridad de un encomendero, quien los puso a trabajar día y noche en la elab-

boración de la sal, proceso éste que requería de mucho personal para sacar el agusal, elaborar ollas de barro para la cocción de los panes de sal, traer leña de bosques lejanos para alimentar los hornos, y cuidar la hornada durante muchas horas: realmente un trabajo agotador el que les tocó hacer a nuestros antepasados indígenas en su propio territorio y con uno de sus mejores productos; son las injusticias de la historia donde sobresalen unos vencedores, mientras los vencidos guardan silencio y apaciguan sus deseos de venganza. De esta manera, la maestra Groot muestra cómo se logró el monopolio del negocio de la sal por parte de la corona española, la cual, a través de ordenanzas y de cédulas reales, trató de controlar al detalle cada grano de sal que se producía en el territorio muisca.



El comercio de la sal en el territorio muisca invadido y dominado por los españoles se desarrolló en un intercambio de costumbres, porque los indígenas hacían el trueque de sal por algodón y oro, mientras que los españoles pusieron a la sal un valor de cambio según la moneda utilizada en el reino de España. Por lo tanto, el comercio de la sal en el altiplano bogotano tuvo un carácter intercultural, pero con predominio de la cultura ibérica sobre la cultura amerindia. Es así como la profesora Groot muestra la forma como la corona española logra el monopolio de la sal en territorio muisca y en sus alrededores, por lo cual dicho gobierno imperialista establece tasas obligatorias a cumplir para abastecer a las comunidades de sal: para adobar los pescados en la ciudad de Honda, para condimentar alimentos básicos y para la explotación de plata en las grandes

minas, como la de Mariquita. El comercio de la sal, además, requería establecer vías de transporte y distribución del producto, para ello se usaron mulas y se abrieron caminos a lo largo y ancho del territorio muisca, incluso más allá de sus límites.

El libro aquí reseñado de la profesora universitaria Ana María Groot es una obra más de carácter histórico que antropológico, por ello no se comprende la causa por la cual los editores de la Universidad Nacional de Colombia lo han catalogado en la colección general de la Facultad de Ciencias Humanas como una obra de antropología. Hay que decir que no todo manuscrito que hable de pueblos indígenas es antropológico o etnográfico, menos aún, como en este caso, cuando las principales fuentes de investigación son los anales oficiales de la historiografía colombiana y suramericana. Por consiguiente, en este libro se ha conocido la faceta de historiadora de la profesora Groot. Hay que destacar de esta obra los recursos gráficos para hacerla más comprensible, pues en sus páginas el lector hallará mapas del territorio muisca, tablas de tributos y tasaciones referentes al negocio de la sal, láminas que muestran dibujos sobre la vida amerindia, y fotografías que ilustran el proceso artesanal indígena de producción de la sal, además de un extenso listado bibliográfico, en su mayoría con títulos en español, tan solo unos cuantos en inglés, e índices de nombres, de materias y de lugares, lo cual facilita de una u otra manera la lectura y la búsqueda de asuntos específicos o aspectos llamativos de la obra en mención. Es un libro claro, y eso demuestra la profundidad investigativa de la profesora Groot, y es algo muy valioso en su autora. Igualmente, se podría decir que es un libro importante para establecer un acercamiento a lo que fue y a lo que pudo ser la cultura muisca, y esto lo logra la investigadora estudiando un tema específico en un determinado tiempo (1537-1640), por lo cual llena un vacío y nos hace cada vez menos ignorantes.

JHON ROZO MILA

La correspondencia de Camilo Torres y Radio Sutatenza, 1962

La correspondencia cruzada entre el padre Camilo Torres, decano entonces de la Escuela Superior de Administración Pública (ESAP), los monseñores José Joaquín Salcedo y Jorge Monastoque y el sociólogo Alejandro Bernal, de Radio Sutatenza, ilustran las tensiones que empezaban a surgir en el seno de la Iglesia católica en los años sesenta, que esa institución estaba muy lejos de ser internamente homogénea. Para los interesados en la biografía de Camilo Torres, este cruce de cartas muestra cómo él va endureciendo sus posiciones, que pasan de análisis críticos sobre la realidad nacional a una actitud de mayor compromiso político, al tiempo que va marcando distancias importantes frente a algunos sectores del clero.



Camilo se desempeñaba, a partir de junio de 1961, como decano y profesor de la ESAP, adonde había sido enviado en comisión por la Universidad Nacional de Colombia, cuando el cardenal Luis Concha Córdoba lo había obligado a renunciar a su vinculación a la Facultad de Sociología de la Universidad, institución en la que se había desempeñado también como capellán auxiliar (1959). Las presiones del cardenal obedecían a las polémicas que habían despertado sus acciones en respaldo de unos estudiantes expulsados de la Universidad Nacional, su apoyo a la huelga estudiantil de 1962 y su participación en el Movimiento Universitario de Promoción Comunal (Muniproc). Esas actitudes

evidenciaban ya su creciente inconformismo frente al sistema político y universitario, lo mismo que su interés por ir creando un grupo de presión de las clases populares, que sería liderado por una red de universitarios y profesionales, críticos frente al sistema. Sin embargo, estas actividades de promoción no iban más allá del asistencialismo, ni sus trabajos sociológicos y económicos habían superado el enfoque funcionalista entonces en boga en la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional, ni el desarrollista dominante en la economía de la época.

Ya en la ESAP, Camilo quedó encargado de impulsar los planes gubernamentales de la Acción Comunal y la Reforma Agraria, que lo llevaron a encontrarse con el mundo campesino: en esa línea, con la colaboración de Bertha Corredor¹, realizó la evaluación sociológica de las Escuelas Radiofónicas de Acción Cultural Popular de Colombia (ACPO), creadas en torno a Radio Sutatenza, fundada en 1947 por el entonces cura coadjutor de la parroquia en ese municipio boyacense, el futuro monseñor José Joaquín Salcedo. Este trabajo, en esencia descriptivo, comparaba tres tipos de parroquia en las se desarrollaban esas escuelas (Guateque, Sutatenza y Manta), con base en referencias a trabajos de otras latitudes y los trabajos pioneros de Gustavo Pérez, todavía sacerdote en ejercicio y Orlando Fals Borda sobre el campesinado colombiano. La descripción de los problemas del mundo rural colombiano no daba lugar al optimismo: dispersión, aislamiento geográfico y cultural, tradicionalismo y atraso cultural. Pero destacaba, como algo positivo, que la intervención de las Escuelas Radiofónicas había sido providencial para producir cambios notables en las actitudes de los campesinos frente al progreso técnico y cultural. No obstante, este mejoramiento no respondía del todo a las necesidades objetivas y sentidas del campesinado; por ello, consideraba peligrosa una campaña de reforma agraria sin un plan y un equipo de expertos para orientar a los campesinos, pues si no se disminuía el desnivel entre expectativas y realizaciones, podría surgir un descontento contra ACPO y el gobierno, que podría